

Prólogo

LYDIA JIMÉNEZ

*Vicepresidenta de la Fundación Universitaria Española
Directora del Seminario de Pensamiento
«Ángel González Álvarez»*

La Fundación Universitaria Española publica en este nuevo volumen las ponencias del XXVIII Curso de Pedagogía para educadores, que trató el tema *Innovación educativa y tradición*. La tensión entre innovación educativa y tradición ha estado siempre presente, como telón de fondo, en los cursos anteriores, al analizar el panorama de los jóvenes, de los educadores, la relación entre educación y aprendizaje, la emergencia educativa, etc. El objetivo del curso se centró en mostrar cómo la innovación educativa, que inevitablemente ha de asumir métodos y contenidos novedosos, se integra en lo más genuino de la tradición.

La tensión entre tradición e innovación es siempre un equilibrio difícil entre el respeto y la novedad, entre la veneración por lo antiguo y la pasión por lo nuevo. Ese equilibrio, por otra parte, no está definido de modo preciso, es una línea que depende en cierta medida de quienes sean los actores sociales que la establezcan. Desde el punto de vista de los orígenes, la tradición nos dice quiénes somos, quiénes fueron nuestros antepasados y cuál fue su lugar en la historia y en el conjunto de las naciones. Saber esto nos permite hacer las cuentas con nuestro pasado y de esta manera crear unas bases sólidas para construir el futuro. Sin embargo, la época moderna ha adoptado una actitud generalmente negativa ante la tradición. Quizá excesivamente influida por los espectaculares avances técnicos y científicos de nuestra época hemos tendido a banalizar lo anterior, a quitarle valor y a pensar con ingenuidad y despego que solo era precioso lo reciente, lo actual, lo moderno. Se trata, evidentemente, de una actitud empobrecedora por su incapacidad de valorar lo ajeno y de penetrar en otros esquemas de pensamiento distintos de aquel en que se vive.

Así como el progresismo desconfía de lo antiguo, el tradicionalismo desconfía de lo nuevo y se ciñe de manera obsesiva a todo lo que tuvo valor en un tiempo pasado basándose en el hecho de que ya ha sido puesto a prueba por innumerables generaciones y por ello no debe ser cambiado. Ninguna de las dos posturas hace realmente justicia a la tradición porque ambas son excesivamente radicales. El tradicionalismo acierta a valorar el pasado pero al aferrarse a ese mundo de manera obsesiva pierde su parte de razón porque la historia humana es imparable y lo que fue válido un día o en una época puede no serlo en la siguiente. El hombre está siempre en lucha con la caducidad y con el tiempo y debe adaptarse continuamente a los cambios que se producen o que él mismo crea.

El error del progresismo consiste en creer que el hombre cambia radicalmente, que tenemos muy poco que ver con los que nos precedieron o que somos infinitamente superiores a ellos. Es cierto que podemos ser distintos, especialmente en épocas en las que el tiempo parece acelerarse, pero siempre les debemos mucho a los que nos precedieron y podemos aprender mucho de ellos.

La actitud adecuada ante la tradición ha de compaginar el amor al pasado con el amor al presente y al futuro, el respeto a lo antiguo, con el reto de la novedad. Rechazar las costumbres específicas de nuestra tradición es, en cierto sentido, como rechazar la

propia identidad, algo que solo se puede lograr con desgarramiento y con dolor: «Occidente intenta —escribe J. Ratzinger—, de manera loable, abrirse lleno de comprensión a valores externos, pero ya no se ama a sí mismo; de su propia historia ya solo ve lo que es execrable y destructivo, mientras que ya no está en situación de percibir lo que es grande y puro [...] La multiculturalidad, que es alentada y favorecida continuamente y con pasión, a veces es sobre todo abandono y rechazo de lo que es propio, huida de las cosas propias»¹.

La auténtica innovación viene del modo en que somos capaces de mirar la realidad, no en querer cambiarla constantemente. En el ámbito educativo, la novedad está en cómo el educador suscita en el educando el encuentro personal con la realidad capaz de generar novedad. La realidad, como en el caso del hijo pródigo permite que la persona "vuelva en sí misma" (*Le* 15,17) y recuerde su identidad, en este caso, su identidad de hijo que se refiere al amor de un padre que le permite recuperar el camino perdido. Como indican los autores en este volumen, tomar esta perspectiva de la persona, es esencial para comprender de verdad el camino educativo que se nos pide en este momento. Porque es fácil describir los cambios que se suceden en el imaginario social, pero es más difícil percibir la radicalidad de esos cambios y los significados que estos suponen para el hombre en la tarea de construir su propia vida.

Los autores, reconocidos maestros en sus respectivas materias, a los que agradecemos vivamente los espléndidos trabajos que nos ofrecen en estas páginas, nos invitan a analizar el modo en que se produce la tensión entre tradición e innovación, cómo integrarla en la formación universitaria, cómo motivar al profesorado para que sea impulsor de la innovación, o cómo desarrollar ese diálogo entre innovación y tradición dentro de las tecnologías digitales, metodologías tutoriales y medios de comunicación, sin perder de vista la dimensión artística ni, por supuesto, la fundamentación antropológica y ética.

¹ J. RATZINGER, *Europa. Raíces, identidad y misión*, Ciudad Nueva, Madrid 2004, 32.